

EL PUEBLO NO ORGANIZADO ANTE LA SITUACION DEL PAIS

Segundo Montes

RESUMEN

Un buen porcentaje de la población salvadoreña no está vinculado a ninguno de los contendientes, por lo que su opinión carece de cauce público. A través de entrevistas con personas que trabajan en organizaciones de servicio (educativo, pastoral u otro), se trata de compulsar lo que piensan estos sectores sobre la guerra y las soluciones propuestas. En general, existe un gran malestar sobre la situación socioeconómica y una casi total desconfianza respecto al gobierno actual. No puede afirmarse que exista una conciencia explícita sobre el proyecto norteamericano, pero sí una preferencia por el diálogo como salida a la guerra y un temor muy grande a la represión. Quienes se atreven a hablar, expresan un escepticismo cuando no una indiferencia total sobre las elecciones y los candidatos. Aunque las opiniones recogidas son apenas un índice de lo que piensan ciertos sectores no organizados de la población salvadoreña, ponen en claro que no se puede justificar en ellos la realización del nuevo proyecto norteamericano.

Con mucha frecuencia se oye preguntar, a nacionales y extranjeros, qué piensa y qué quiere el pueblo salvadoreño, las grandes mayorías que no están ni con un bando ni con otro de los contendientes, el pueblo no-organizado. De los otros sectores se tiene cierto conocimiento, precisamente porque están organizados, tienen sus propios medios de expresión y una línea ideológico-política definida.

La mayor dificultad estriba precisamente en que no están organizados, lo que implica que no se expresan oficial ni públicamente. Al investigador social, por consiguiente, se le plantea una doble dificultad, la que podemos llamar cuantitativa, y la cualitativa. Respecto a la primera, es decir, qué cantidad o proporción de la población

corresponda a esta categoría, no vamos a hacer referencia, pues ni se ha investigado, ni lo creemos fácil de averiguar en la actual crisis y polarización del país; pero admitimos que puede elevarse a una proporción apreciable la de los que no están ni organizados ni articulados con ninguno de los bandos en pugna, de derecha o de izquierda, aunque simpaticen más con uno que con otro, o colaboren activa o pasivamente en determinadas circunstancias con alguno de ellos, especialmente en momentos de mayor presencia o presión de éstos (tomas, operativos, actos de propaganda, cateos, etc.)

El aspecto cualitativo es el que intentamos comenzar a conocer con este trabajo, con todas las limitaciones que tiene. Para ello se ha realiza-



Su desconcierto se expresa en frases como “hoy no se atina.”

do un pequeño sondeo con personas especialmente cualificadas por su trabajo directo con el pueblo, ya sea en acción pastoral religiosa —católicos en su mayoría, pero también de otras confesiones, lo que da un panorama más amplio y un contraste de interpretaciones entre católicos y protestantes en algunos puntos—, ya sea en otro tipo de acción social a través de promotores de instituciones de servicio que trabajan en todo el país, no sólo para ampliar el horizonte, sino también para no ofrecer exclusivamente una perspectiva demasiado sesgada por lo religioso.

Utilizamos un doble instrumento. A un grupo relativamente numeroso —61 personas que trabajan ya sea en el sector educativo, ya sea en comunidades de base, ya sea con desplazados y marginados— se les cursó la misma encuesta que a los sectores medios, en la que los tres grandes temas (subdivididos en múltiples preguntas a las que se pedía opinión escalar) eran el fin de la guerra, la crisis actual con sus causas y efectos principales, y el mejor grupo político para dirigir

el país en las próximas elecciones. Los datos recabados en las encuestas fueron en algunos aspectos profundizados y enriquecidos en cuatro entrevistas que se lograron realizar con promotores sociales y agentes de pastoral que trabajan con población marginal y popular de San Salvador, con sectores populares de poblaciones periféricas de la capital, con campesinos protestantes del interior, y con población marginal y popular de toda la República; las tres preguntas básicas eran: la guerra y sus efectos en esa población, el papel de los Estados Unidos en el país, y las elecciones.

A todos los encuestados y entrevistados se les insistió en que se esforzaran por presentar no su visión personal, sino el sentir del **pueblo no-organizado** tal como ellos lo percibían en su trabajo y en el trato diario informal. A pesar de todos los esfuerzos, no creemos que se haya podido evitar un sesgo en los informes, bien sea por la captación de los informantes, bien por la interpretación subjetiva —consciente o no— de los

mismos. Igualmente, hay que resaltar que la investigación es bastante incompleta y limitada, por lo que no se pretende inferir que ésa sea la opinión y la percepción del pueblo no-organizado, su voz o representación oficial, ni mucho menos. Sin embargo, los datos recabados, además de ofrecer algo, frente a la nada que teníamos, pueden ayudar a iniciar un esclarecimiento de su sentir y de sus angustias y esperanzas.

Se podía presentar, para el caso de las encuestas, un cuadro que mostrara los porcentajes de cada una de las opciones, pero estimamos que los números pueden inclinar hacia una interpretación que no corresponde a la realidad, tanto por la pequeñez y no-representatividad de la muestra, como por el margen de interpretación personal de los encuestados por más que se hayan esforzado en reflejar la opinión del sector a investigar. Por todo ello preferimos hacer un análisis cualitativo, basado más en las entrevistas —por su contenido más rico—, y hacer referencia a los datos obtenidos en las encuestas.

Por lo que se refiere al papel de los Estados Unidos en El Salvador, la mayoría del pueblo —dicen los entrevistados— apenas tiene información y no suele hablar de ello; sólo ideas vagas y confusas, inducidas por los medios de comunicación, pero sin convertirse en foco de atención o

de reflexión. Los pocos que hacen referencia, comentan que hay una intervención muy fuerte a todo nivel, sobre todo en armas y destrucción, y que sin la ayuda norteamericana hace tiempo se habría terminado la guerra. Los que oyeron el discurso de Reagan ante ambas Cámaras el 27 de mayo, no reaccionan a él. En cambio, en las encuestas opinaban, casi el 90%, que la embajada norteamericana es la que manda en el país; más del 80% que Reagan sólo pretende aplastar al movimiento revolucionario, y arriba de las dos terceras partes piensan que los Estados Unidos son los que impiden las negociaciones de paz; mientras que más de las tres cuartas partes está en desacuerdo con la tesis norteamericana de que la URSS, Cuba y Nicaragua son las responsables de la guerra.

En cuanto al tema de las elecciones, en primer lugar hay unanimidad —de acuerdo a los entrevistados— en que las pasadas no resolvieron nada, que la cosa ha seguido igual o peor, y que no creen en las elecciones. Los que son más explícitos, agregan que la gente fue a votar por temor a represalias, ya fuera en el trabajo, ya en los retenes al pedirles la documentación; pero luego hacían chistes sobre las elecciones y “la gran bulla para nada”; tampoco tenían simpatía especial por ningún partido. Respecto a elecciones venideras, casi no se comenta nada, ni es-



Unánimemente quieren que esto se acabe, pero no saben cómo hacerlo y se sienten impotentes.

peran nada de ellas; en general tienen poca información todavía; algunos se quejan de que vuelva a presentarse Duarte, y dicen que ya es “aburrido”, y les molesta que salieran abrazados él y Chávez Mena, “como que es igual uno que otro”; algunos opinan que mientras siga la guerra, las elecciones no servirán de nada. La opinión general es el deseo de paz y tranquilidad; los católicos insisten en ello en sus peticiones comunitarias, los protestantes piensan que un principio de solución sería que la gente, y especialmente las partes contendientes, tuvieran mayores niveles de espiritualidad; algunos insisten en el diálogo como camino para esa paz. En las encuestas las opiniones van en la misma dirección, pues una inmensa mayoría no está de acuerdo con que el actual gobierno represente la voluntad del pueblo ni que las próximas elecciones vayan a ser realmente libres; por otro lado, también en forma abrumadora, se pronuncian por un diálogo entre los contendientes como la mejor manera de poner fin a la guerra, y aunque se debilite un poco su opinión favorable a que el FDR-FMLN busque sinceramente el diálogo (más de dos tercios está en algún grado de acuerdo, pero pasa del 40% los que no respondieron a esta pregunta), sin embargo, otra vez la inmensa mayoría cree que sin la colaboración del FDR-FMLN no habrá paz en el país; en fin, a la pregunta sobre qué grupo político sería el mejor y más adecuado para las próximas elecciones y gobierno ulterior, casi el 30% se inclinaba por el FDR-FMLN, más del 25% por el PDC, pero 23.3% decían que ninguno y un 7% más opinaba que “las elecciones no sirven”.

El tema de la guerra es el más denso en comentarios y contenido —en las entrevistas. La guerra les afecta de manera aguda, ya sea por la represión de que son víctimas en familiares y amigos, ya sea por la crisis económica, el desempleo, el temor y terror a que están sometidos. Sin embargo, hay a veces una resignación y un fatalismo que no logran superar, junto con una indiferencia y un acostumbrarse a esa tragedia, que les lleva a expresiones como: “si me toca, me toca”, “a quien le toca no se puede quitar el golpe”, “nadie te quita el golpe que es de uno”, y otras similares.

La gente considera la guerra como demasiado sangrienta y larga —“no como en Nicaragua, que fue dura unos meses, pero se terminó rápido”—. Los protestantes opinan que es la falta de espiritualidad la que en el fondo es la causa esencial de

la guerra, que provoca como resultado la injusticia y la pobreza de la mayoría del pueblo. Otros, sobre todo en el interior, dicen que los constantes asesinatos y desaparecimientos hacen que nadie esté seguro de vivir al día siguiente, y la gente tiene tal terror que no se atreve a expresar lo que piensa o siente —no confía en nadie a su alrededor. El temor constante dicen que ya es insopportable. Son pocos los que se atreven a oír la YSAX, y éstos en tono muy bajo, mucho menos la “Venceremos”. De noche no se sale por miedo a los apagones, a enfrentamientos o a otros problemas en que se pueden ver envueltos. En el oriente, aparte de la dificultad de movilizarse —“sólo por pura necesidad, y los pasajes son demasiado caros”—, los permanentes rumores de tomas o cateos mantienen a la gente muy atemorizada y encerrada, mientras que en el occidente temen que lleguen los guerrilleros, por la experiencia pasada en los enfrentamientos anteriores. De los encuestados, casi la totalidad estaba en desacuerdo con que los derechos humanos hayan mejorado en el país y con que haya actualmente libertad de expresión, pero está de acuerdo con que el pueblo sigue atemorizado por la represión.

Muchos atribuyen a los escuadrones de la muerte, a los grupos de derecha y a los cuerpos armados —“si hay un acto de represión se supone que fue la F.A.”— los peores atropellos, mientras que a la guerrilla no le tienen tanto miedo, sobre todo si han experimentado tomas, pues respetan a la población civil —“le dan tranquilidad”— y sólo piden contribución, pues dicen que es a los ricos a los que hay que quitarles la plata; pero destruyen fuentes de trabajo, lo que viene a empeorar la grave situación que ya padecen. Entre los protestantes no hacen diferencias de grupos, y lo adjudican a la situación provocada por el pecado; tampoco oyen la propaganda de la guerrilla, sólo la oficial. De las encuestas no se saca en claro si la guerrilla tiene apoyo popular o no, por la distribución de las respuestas, pero la gran mayoría no está de acuerdo con la afirmación de que el FDR-FMLN sea el principal responsable del deterioro en las condiciones de vida del pueblo salvadoreño.

En cuanto al curso de la guerra, los protestantes piensan que ninguna de las dos fuerzas la está ganando; en cambio, los otros grupos se inclinan más a pensar que la F.A. la está perdiendo —“hay muchos soldados muertos, que son de nuestra gente”— y que los guerrilleros saben pelear muy bien y son muy valientes. Sin embargo, no le dan mucha credibilidad a la propaganda de ninguno de los dos bandos. También una



mayoría considerable de los encuestados estaba en un acuerdo, mayor o menor, con que la F.A. está perdiendo la guerra.

Las consecuencias económicas son tal vez las que más les afectan: “el dinero ha perdido su valor”, “ya que no se vende nada”, “no se encuentra empleo”. Los jóvenes no se atreven a ir a buscar trabajo, por miedo, y son las mujeres (esposas, madres, hermanas) las que tienen que trabajar para sostener a la familia, pero las mayores de 30 años ya no lo encuentran. La noticia de que se va a quitar el aguinaldo y de que se pueden rebajar los sueldos, los tiene angustiados —“para armas sí hay dinero” se quejan con amargura—. Otra consecuencia funesta que comentan es la destrucción de la familia, ya sea por la guerra, las muertes y capturas, ya sea por los desplazamientos e incluso la migración al extranjero. En la encuesta no había preguntas sobre este tema, si no es indirectamente, y una mayoría no muy grande opina que el país necesita más reformas, a pesar de que abrumadoramente juzgan que la reforma agraria no ha sido ningún éxito.

La impresión más común que manifiesta este sector es la del cansancio frente a una situación que no se acaba, ni se presiente su final, pero que le afecta profundamente, ya sea por la guerra misma y las muertes que trae consigo, la represión y el terror generalizado, ya sea por las consecuencias económicas, en el costo de la vida, la es-

caz de empleo, la destrucción de fuentes de trabajo, de transporte y comunicaciones de todo tipo. Sin embargo, aparte de cierto fatalismo y resignación —más propio de este sector—, la gente se acostumbra a todo y se conforma a esa nueva vida, hasta el punto de que sigue viajando de y a las zonas conflictivas, sobre todo de oriente, y cuenta con naturalidad y frialdad los muertos que ha encontrado o de que ha tenido noticia, los desaparecidos, etc. Su desconcierto se expresa en frases como: “hoy no se atina”. Unánimemente manifiestan que quieren que esto se acabe, que haya paz, pero no saben concretar cómo lograrla y se sienten del todo impotentes de hacer nada frente a la situación.

Como decíamos en un principio, la investigación tiene grandes limitaciones, y de ningún modo pretendemos que ésta sea la opinión generalizada y auténtica del sector del pueblo no-organizado. Más aún, no sólo no sabemos qué proporción de toda la población salvadoreña esté comprendida en esta categoría, sino que tampoco tenemos seguridad de que las opiniones recabadas —a pesar de todos los esfuerzos porque reflejen las de ese sector— correspondan a personas que realmente son no-organizadas, dada la polarización y el temor a confiar en nadie y a expresarse.

Con todo, pensamos que los datos aportados pueden ayudar a conocer un poco la percep-

ción que el pueblo no-organizado tiene de la actual situación: padece la guerra y sus consecuencias en toda su agudeza, desea la paz y una solución pronta, pero no sabe cuál es la verdadera salida, pues aunque se inclina mayoritariamente por el diálogo, no percibe concretamente su viabilidad; por otro lado, desconfía de los partidos políticos, de las elecciones pasadas y por venir, de los Estados Unidos —acerca de cuya intervención no tiene mayores conocimientos reflejos—, y no ve que la guerra sea una solución rápida; las reformas tampoco les inspiran confianza, y la situación económica angustiosa, agravada por el desempleo creciente, les va

estrangulando; tampoco las causas de la crisis son percibidas con claridad, pues mientras los protestantes buscan una interpretación espiritualista, los demás se fijan más en los agentes inmediatos que en las verdaderas causas.

Ambos sectores en lucha, por consiguiente, así como las fuerzas que están detrás de cada uno, y todas las personas a las que aún les queda siquiera una brizna de sentimientos humanos, deberán tomar en cuenta tales opiniones, para encontrar una solución al país, tanto más cuanto más numeroso sea el sector del pueblo-organizado.

